

— ¿No ven, — las fué diciendo,
— que hasta el mismo escultor que me ha labrado
en acto reverendo
me tributa oblación con noble agrado? —
Y era verdad, que con amor profundo
hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia
los seres al nacer mostrando iguales,
en nuestra adolescencia
ya veis que unos son seres celestiales,
ante los cuales los demás oramos.
Mas ¿cuál de todos será el fin? Veamos.

TERCERA PARTE

A la vela inflamada,
Llega, — dijo el vestido, — hermana mía,



y nuestra suerte airada
será así igual hasta la tumba fría. —
Llegó la vela el labio enrojecido,
é inflamado á su luz ardió el vestido.

Crujió entonces la seda;
y arrojando las chispas á millares,
fué ardiendo en ígnea rueda
seda, blandón, imágenes y altares;
siendo al fin, calcinado su ornamento,
juguete vil del agitado viento.

*¡Así en la humana vida,
si á unos el hado en ídolos convierte,
mientras que envilecida
la plebe es templo y luz... llega la muerte,
y confunde, con bárbaros ejemplos,
aras, ídolos, luz, galas y templos!*

HUMORADAS

AL SEÑOR DON MARCELINO MENENDEZ PELAYO

I

AHORA que mi queridísimo compañero, el sabio por antonomasia, señor Menéndez Pelayo, escribe los fundamentos de una estética ideológica, le dedico estas *humoradas*, porque además de satisfacer con esto un sentimiento de mi corazón, tengo el egoísmo de creer que en esta ocasión me defienda, si lo halla justo, de los censores apasionados que de seguro aparecerán, como aparecen siempre que yo me permito poner título nuevo á alguna de mis obras.

Soy el hombre menos afortunado de la tierra para bautizar géneros literarios. Cuando publiqué las *Doloras*, el nombre pareció demasiado neológico. Salieron á luz los *Pequeños poemas*, y el título fué muy censurado por razones que nunca he comprendido. El nombre de *Humoradas* parecerá también poco propio?

¿Qué es *humorada*? Un rasgo intencionado. ¿Y *dolora*? Una humorada convertida en drama. ¿Y *pequeño poema*? Una dolora ampliada. De todo esto se deduce que mi modo de pensar será malo, pero como ya dije alguna otra vez, no se me podrá negar que por lo menos es lógico.

II

Y como yo nunca quiero ocultar mis pretensiones, aunque estén impregnadas de un poco de orgullo, pasión que tanto detesto, debo decir que, en vez de quemarlas, he recogido estas fruslerías poéticas, para completar con ellas un sistema de poesía que abraza desde el pensamiento aislado hasta el poema. Será imposible que ningún autor de *segundas intenciones* escriba nada que no esté comprendido en el círculo poético que acabo de cerrar con estas ideas volanderas. Es verdad que, además de este círculo poético de carácter puramente psicológico, hay otro, enteramente contrario, que se limita á hacer sobre los asuntos apreciaciones de naturaleza exclusivamente física. Considerados en su esencialidad, no hay más que dos géneros de poesía en el mundo, que son *el de más acá* y *el de más allá* de las cosas.

Yo sé bien, que quedan fuera de este círculo poético que yo prefiero, producciones admiradas que encantan á muchas gentes por su misma objetivación é infecundidad. Pero yo que admito, aunque sin entusiasmo, el género que ve en la forma, no el continente, sino el contenido del arte, pido un poco de tolerancia para el que pretende que á la sencillez en la forma, se una un poco de malicia en el fondo.

Respeto la admiración que á algunos les produce en las obras de ingenio la delimitación empírica de esas líneas que pueden ser comprendidas por los sentidos corporales del tacto y de la vista, con tal que me permitan reservar mi gusto especial por las reverberaciones que iluminan las sinuosidades del corazón humano y los horizontes que caen del otro lado de la vida material.

Uno de los economistas contemporáneos más notables ha escrito un artículo muy filosófico titulado: «Lo que se ve y lo que no se ve.» Este título, mejor que aplicado al comercio de las habichuelas, se podía relacionar con los sistemas poéticos, el viejo y el nuevo; el viejo, que se puede llamar *el de lo que se ve*; y el nuevo, que lo llamaremos *el de lo que no se ve*. El viejo no necesita explicación: el nuevo consiste en ver intuitivamente lo que no se alcanza á primera vista; en hacer notar al lector el punto en que las ideas iluminan los hechos, mostrándole el camino que conduce de lo material á lo ultra-ideal.

No me explico por qué muchos lectores prefieren en el arte lo superficial á lo hondo. Y debo confesar, con mortificación de mi amor propio, que hasta genios que han solido ver la inmensidad en el átomo, son refractarios á dejar transparentar en sus producciones las vistas que dan á la región de lo indefinido.

III

A un gran poeta extranjero no le pudo hacer comprender mi amigo el Sr. D. Eugenio de Ochoa lo que era una dolora. Extrañándolo yo mucho, decía el Sr. Castelar que, dadas las cualidades del insigne escritor, él se lo explicaba perfectamente. Otros dos grandes poetas españoles, se empeñaron en no querer entender lo que eran doloras, y lo consiguieron. Cuando se publicaron las primeras, sometiéndolas á las reglas de una retórica convenida, y en la cual yo nunca he podido convenir, las fueron dividiendo en epigramas, letrillas, epítafios, etc. Estos inmortales distraídos clasificaron las doloras por su contextura externa, sin fijarse en el lazo interno común que las unía en el fondo, que era la intencionalidad.

En el actual momento histórico, ya verá el lector cómo también á estas naderías casi epigráficas, todos los retóricos retrospectivos las llaman pareados, cuartetos ó quintetos, y acaso, acaso, sólo aleluyas; y, sin fijarse en su carácter intrínseco, rechazan el título de *Humoradas* que yo les doy. Siempre la exterioridad sobreponiéndose á lo esencial. Una dolora puede ser madrigal, epigrama, etc., sin dejar de ser dolora; mientras que no son doloras ninguno de los epigramas y madrigales que conocemos. Lo mismo digo de este nuevo título. Una *humorada*, sin dejar de serlo, puede estar escrita en un pareado, ó en un cuarteto, pero no son humoradas la mayor parte de los cuartetos y pareados que se han escrito hasta ahora.

Pero yo, que tengo el honor de dedicar este librito al Sr. Menéndez Pelayo, á imitación suya, voy, á propósito de estas humoradas, á escribir también un poco de estética trascendental.

IV

No quisiera que el lector, al hallarse con estas bagatelas escritas para los albums y los abanicos de mis amigas, ó recogidas de los retazos sobrantes de doloras y poemas, creyese que las he coleccionado como cosas dignas de ver la luz pública.

Las he reunido porque, además de cumplir los deseos de un apreciable editor que me pedía un libro cualquiera, me propongo rehabilitar con esta publicación, en lo que sea posible, esa poesía, ligera unas veces, intencional otras, pero siempre precisa, escultural y corta, que nuestro eminente poeta el Sr. D. Gaspar Núñez de Arce ha estigmatizado con la expresión desdeñosa de «Suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados.» Creo que el pensamiento del Sr. Núñez de Arce ha sido mal interpretado, pero el hecho es que desde que él lo ha escrito, ciertos críticos, á quienes se les puede calificar de sacristanes de *ambón*, se complacen en llamar «suspirillos germánicos» á toda composición que no se estira hasta ensuciar con las botas la cara de los oyentes. En consecuencia, rebatiendo á los que han entendido mal la expresión de mi ilustre compañero, les diré que esos «suspirillos germánicos» siempre serán los cantos populares de las clases ilustradas.

Esa poesía que algunos llaman *lapidaria*, es la más propia para que se graben los pensamientos, no sólo en las piedras, sino en las inteligencias.

Hasta que se halla la forma clíptica que las sintetiza, las epopeyas, las tragedias, los poemas y las crónicas, son creaciones de una utilidad contestada y de una pesadez incontestable.

Una décima de Calderón y unas cuantas frases de Shakespeare suelen ser el resumen de todo su modo de pensar y de sentir. Borrada esta décima y estas frases, y desterraréis del comercio de la vida las grandes epopeyas que más conmueven el corazón y la cabeza de los que sienten y piensan.

Como desgastan los ríos las piedras de su fondo, la marcha del tiempo oxida, descomponiéndolos, los pensamientos de los grandes monumentos literarios, unos por insustanciales, otros por anacrónicos, estos por demasiado solariegos y aquellos por poco característicos; y sólo va dejando, como ruinas impercederas de las babilonias artísticas, rápidas inscripciones, relámpagos de ideas, que parecen ecos de las palpaciones del corazón humano.

V

Pero volviendo al asunto principal, me preguntará alguno: ¿Por qué á esas poesías cortas, tristes, risueñas, galantes ó satíricas se las llama *humoradas*? Porque en la mayor parte de esas expansiones de genio abierto, que el vulgo suele llamar salidas de tono, prepondera la tendencia cómico-sentimental que se entiende por *humorismo*.

Llamo humoradas á los pensamientos adolorados, que, por carecer de forma dramática, no se deben incluir entre las doloras.

Y ¿qué es *humorismo*?

Una crítica inconsiderada que cruza á campo-travesía los dominios de la literatura sin el freno de la correspondiente instrucción, á fuerza de oírlo repetir ha adquirido la costumbre de llamarme *escéptico*, sin tener en cuenta que el escéptico, ya subjetivo, ya objetivo, ya absoluto, es el que tiene la duda por sistema, y que yo, bien avenido con la vida real, creo en lo único en que se debe creer, que es en las ideas. ¿Qué noción tendrán estos clasificadores de lo que es *escépticismo*? ¿Me llaman escéptico porque yo me suelo reír de cosas que ellos creen que son de llorar? Esto de reirse del dolor propio y del ajeno, más bien se podría llamar estoicismo. Pero como no quiero enfadarme mucho con estos clasificadores, que cogen la ciencia al oído, porque sé que es muy común confundir el escépticismo con el humorismo, y el humorismo con la excentricidad, les diré que es el colmo de la injusticia llamar escéptico á un espiritualista tan exagerado como yo, que cree que lo que hay más natural en el mundo es lo sobrenatural.

Si el escépticismo no cree en lo que dice, el humorismo hasta se ríe de lo que cree, no dejando de creer nada de lo que se dice.

¿Qué es humorismo? La contraposición de situaciones, de ideas, actos ó pasiones encontradas. La posición de las cosas en situación anti-tética suele hacer reír con tristeza.

César, tapando con sus cenizas el hueco de una pared, y Don Quijote volviendo á su casa molido á palos por defender sus ideales, mientras su ama y su sobrina, representantes del sentido común, lo reciben cómodamente comiendo pan candéal y haciendo calceta, son dos rasgos de humorismo que, además de hacer reír, llenan los ojos de lágrimas.

La frase *buen humor*, genuinamente española, ha creado un género literario, que es sólo peculiar de los ingleses y de los españoles, y en el que mezclando lo alegre con lo trágico, se forma un tejido de luz y sombra, á través del cual se ven en perspectiva flageladas las grandezas, y santificadas las miserias, produciendo esta mezcla del llanto y de la risa una sobreexcitación nerviosa de un encanto indefinible.

El humorismo francés es satírico, el italiano burlesco, y el alemán elegiaco. Sólo Cervantes y Shakespeare son los dos tipos del verdadero humorismo, serio, ingenio y candoroso.

Se ha dicho que la burla es la retórica del diablo.

Y, efectivamente, debe haber en este género literario algo de intelectual y encantadoramente diabólico, porque los escritores humoristas tienen sobre los exclusivamente serios, y los totalmente alegres, una superioridad de miras incontestable; pues cuando un escritor sólo se propone hacer reír mucho, suele acabar por hacerse risible, así como cuando un hombre por demasiado serio es tonto, es tonto de veras. No hay duda que el humorismo, que es un carnaval reentrante en la cuaresma, parece que domina los asuntos desde más altura, y que se hace superior á nuestras ambiciones y á nuestras finalidades, pintando á la locura con toga de magistrado, y á la muerte con gorra de cascabeles.

El talento que, alegre y tristemente ve en lo pequeño la imagen de lo grande, y en lo grande el trasunto de lo pequeño, es el titiritero que al son de su tamboril hace bailar grotescamente á todas las pequeñas y grandes figuras humanas, como si fuesen muñecos de resorte; es el tipo, que, según una frase vulgar, es capaz «de hacer burla de un entierro»; el inventor, en fin, de la filosófica danza macabra, ese baile de candil dado en los infiernos, y al cual asisten, presididos por la muerte, reyes con gregüescos de payasos, bufones con tiaras, y papas con mirriñaques.

Si, como dice Cervantes, el hacer reír es de grandes ingenios, el hacer reír y llorar al mismo tiempo es un don excepcional que sólo ha concedido Dios á él y á Shakespeare, los dos grandes pensadores más humorísticos del mundo.

Y dejo este asunto, sólo indicado por mí, para que el señor Menéndez Pelayo acabe de decirnos con su profundo saber lo que es *humorismo*, esa alegría unas veces enternecedora y otras siniestra; esa espada de dos filos que lo mismo mata á los hombres que á las instituciones; ese gran ridículo que convierte en polichinelas á los héroes mirándolos desde la altura del supremo desprecio de las cosas.

VI

Pero me he distraído y veo que para unas producciones tan homeopáticas como estas mías, el lector dirá con razón que he escrito una dedicatoria muy pretenciosa y demasiado larga. Por eso, arrepentido de ser tan hablador, concluyo diciendo que, aceptando la definición que da el diccionario de la lengua castellana de la palabra *frase*, diciendo «que es una locución enérgica con que se significa más de lo que se expresa» — insisto en creer que las poesías de forma condensada son más apreciables por la dificultad de tener que decir en ellas *más de lo que se expresa*. El trascendentalismo en el arte consiste en estas vistas á lo infinito que entreabren las frases cortas de algunos autores de arranques proféticos. No me puedo consolar del tiempo que pierden algunos lectores devorando á autores insustanciales que, al ocuparse en lo particular, jamás dejan entre renglones sobreentendido lo general.

Pero mi guerra declarada al género ampuloso y superficial veo que me vuelve á distraer, haciéndome gárrulo, machacón y acaso injusto.

El arte en general, y la poesía en particular, ganan en intensidad lo que pierden en extensión.

Suprimid algunas frases inspiradas de la historia, y las guerras de la antigua Grecia quedarán reducidas á unos pequeños altercados de patanes de lugar, y la revolución francesa á una orgía de canibales.

El ingenioso escritor don Felipe Picatoste ha escrito un libro, tan ameno como profundo, *sobre las frases célebres*, y en él ha probado de una manera evidente que es una tendencia del espíritu humano la de ir condensando los pensamientos, desde los poemas hasta los refranes y desde los refranes hasta las frases.

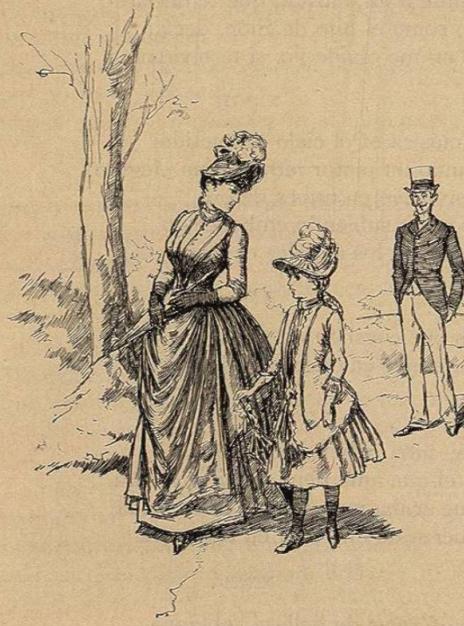
No hay nada sublime que no sea breve. Cuando se acabe el mundo, ¿qué quedará de nuestras agitaciones, deseos, esperanzas, ambiciones y temores? Nada, ó casi nada. De todas nuestras habladurías sólo quedarán cuatro frases célebres, hasta que algún Homero sideral, señalando con el dedo el vacío que deje el mundo en el espacio, reduzca las cuatro expresiones que flotarán sobre el lugar del planeta extinto, á una sola frase parecida á ésta: «¡ allí fué Troya! »

CAMPOAMOR.



I

LA niña es la mujer que respetamos
y la mujer la niña que engañamos.



II

Según creen los amantes
las flores valen más que los diamantes.
Mas ven que al extinguirse los amores,
valen más los diamantes que las flores.

III

Al pintarte el amor que por tí siento,
suelo mentir, pero no sé que miento.

IV

Te sueles confesar con tu conciencia,
y te absuelve después sin penitencia.

V

Algún día, á pesar de tus encantos,
te matará otro á tí cual tú me matas,
que, en materia de ingratos y de ingratas,
venimos á salir tantas á tantos.

VI

Ser fiel, siempre que quieres, es tu lema.
Pero tú ¿quieres siempre? He aquí el problema.

VII

Aunque el amor suele morir de hartura,
lo que nunca se hastía es la ternura.

VIII

No te ablandes oyendo sus acentos,
que el diablo en ocasiones
acalora los buenos sentimientos
para hacer cometer malas acciones.

IX

Aunque tú por modestia no lo creas,
las flores en tu sien parecen feas.

X

Todo en amor es triste,
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

XI

Hay quien pasa la vida
en ese eterno juego
de hacer caer á la mujer, y luego
rehabilitar á la mujer caída.

XII

Te vas á confesar, y el cura dice
que á tí, en vez de absolverte, te bendice.

XIII

Si la codicia de pedir es mucha,
el hombre reza, pero Dios no escucha.

XIV

El amor es un himno permanente
que, después que enmudece el que lo canta,
otra nueva garganta
lo vuelve á repetir eternamente.

XV

Miré... pero no he visto en parte alguna
ir del brazo la dicha y la fortuna.

XVI

Cual todas, tú pretendes, como Elena,
ser amada por bella y no por buena.

XVII

Ese ilustre mortal lleno de hastío,
era pobre al nacer, mas, rico ahora,
mirando á su palacio, siente frío,
cuando se acuerda de su choza, llora!

XVIII

Te ví una sola vez, pero mi mente
te estará contemplando eternamente.

XIX

Purifica el olor de la opulencia
cuando huele á tomillo la indigencia.

XX

Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido
que me hará enloquecer:
escúchale... más cerca... así... al oído...
— «Aunque soy ya tan viejo, has de saber...»

XXI

Es tu historia en mi vida entremezclada
una sombra, en la sombra, condensada.

XXII

Cuando oigo tus acentos
se vuelven mis ideas sentimientos.

XXIII

Te casaste y... ¿lo ves? Ya te decía
que no iguala al afán con que se ansía
la dicha que se alcanza.
Por ardiente que sea la esperanza,
al convertirla en realidad es fría.

XXIV

Si no quieres tu paz ver alterada,
cree mucho en Dios, y en las mujeres nada.

XXV

¿Por qué amé aquella pérfida? Lo ignoro.
La esperanza es infiel y yo la adoro.

XXVI

Bella estación! Todo á gozar convida
del placer sin medida...
— Mas, ¿qué es eso que vuela?
Una hoja que cae, y nos revela
la nada de las cosas de la vida.

XXVII

Al decirte hoy adiós, Hortensia mía,
permite á mi amistad que te declare
que, como el hijo de Sión, decía:
«de mí me olvide yo, si te olvidare »

XXVIII

La música es el cielo prometido.
Cuando un pintor retrata á un elegido,
lo envuelve en nubes de oro,
y lo pinta subiendo embebecido
oyendo de los ángeles el coro.

XXIX

Más que cuestión de suelo,
es la mujer una cuestión de cielo.

XXX

Vive, niña, advertida
que el que ama tiene cerca la locura,
y que acaba muy pronto con la vida
la fuerza de una idea en calentura.

XXXI

¡Qué formas de belleza soberana
modela Dios en la escultura humana!

XXXII

No puedo ver con ánimo sereno
Borjas, cual tú, tan puras y apacibles;
pues juzgo, como hay Dios, menos temibles
las Borjas del puñal y del veneno.

XXXIII

Resígnate á morir, viejo amor mío.
No se hace atrás un río,
ni vuelve á ser presente lo pasado.

Y no hay nada más frío
que el cráter de un volcán, si está apagado.

XXXIV

Es la fea graciosa
mil veces más terrible que una hermosa.

XXXV

Se matan los humanos
en implacable guerra
por la gloria de ser, en mar y en tierra,
devorados por peces y gusanos.

XXXVI

Se asombra con muchísima inocencia
de cosas que aprendió por experiencia.

XXXVII

Como todo es igual, siempre he tenido
un pesar verdadero
por el tiempo precioso que he perdido,
por no haber conocido
que el que ve un corazón ve el mundo entero.

XXXVIII

Belén! para el amor no hay imposibles.
Lo mismo que las palmas
á veces nuestras almas
se encarnan á distancias increíbles.

XXXIX

Te morías por él, pero es lo cierto
que pasó tiempo y tiempo, y no te has muerto.

XL

La desgracia es precisa
para grabar los hechos de la historia.
Ó se escribe con sangre nuestra gloria,
ó la borra al pasar cualquiera brisa.

XLI

Ya no leo ni escribo más historia
que ver á mi niñez con mi memoria.

XLII

No insultes el pudor en mi presencia
porque sabes reir con inocencia;
porque sinó mi intrépida mirada
te dejará clavada
en la trémula cruz de tu conciencia.

XLIII

Bien merezco, Mariana, la fortuna
de escribir en este álbum el primero,

porque sin duda alguna
soy el que más y el que mejor te quiero.

XLIV

A todo ser creado
le gusta, como á Dios, ser muy amado.

XLV

Procura hacer, para apoyar la frente,
un blando cabezal de la conciencia.
Para poder dormir tranquilamente
no hay un opio mejor que la inocencia.

XLVI

Sé firme en esperar, que de este modo
algo le llega al que lo espera todo.

XLVII

El amor á los niños y á las flores,
son amores tan dignos de los cielos
que son tal vez los únicos amores
que nunca dan á los amantes celos.

XLVIII

Al campo voy como á mi hogar primero,
pues, al ir desde el valle hasta el otero,
de distancia en distancia
el olor á tomillo y á romero
me recuerdan las dichas de mi infancia.

XLIX

Le eres fiel, mas ya cuenta cierta historia
que entre él y tú se acuesta otra memoria.

L

¡Necio soy! Con inútiles medidas
te quise sorprender, mas tú eres de esas
que para ser de pronto sorprendidas
se preparan con tiempo las sorpresas.

LI

Poniéndose y quitándose alfileres
hacen sitios de Troya las mujeres.

LII

Los mortales son siempre los mortales.
Y en el mar y en la tierra, cerca ó lejos,
los juegos de los niños son iguales,
como lo son los sueños de los viejos.

LIII

Se jura amar una existencia entera,
y en un día no más se ama y se olvida.